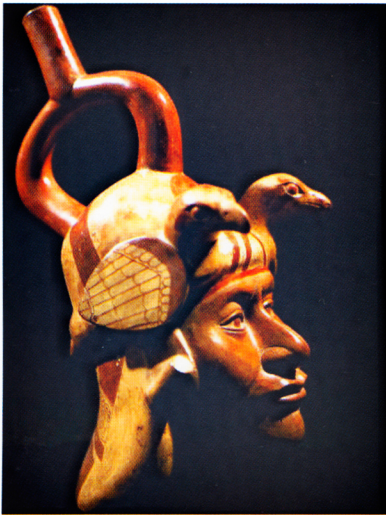


EL ARTE DEL SIGLO XX EN TRUJILLO

CRISTÓBAL CAMPANA DELGADO

Hablar del arte del siglo XX en Trujillo es una vastedad muy grande para mí, pues hubo, hay y seguirá habiendo tantas manifestaciones que no alcanzaría a conocerlas y menos a entenderlas. Desde más de dos milenios atrás, esta nación de la que hoy es Trujillo su capital, ha tenido tan brillantes pintores, dibujantes, arquitectos, músicos y literatos, que es un reto grande para cualquier historiador. Del corto tiempo de la última centuria, se puede hacer una historia, pero este no es el caso. Creo que la intención de los organizadores de este evento es exponer lo referente a las artes plásticas trujillanas del siglo XX.



Huaco retrato moche

Me ha tocado vivir los últimos sesenta años del siglo que pasó y pienso desde mi tiempo y en este espacio que me toca vivir. En un lugar que siempre me asombra. Ubicado así, dentro de mi realidad local –como en la plástica mochica que ponía al hombre como un ser-eje que ve y retrata– desde el centro de su propia creación y entorno para representarlos en una visión circular, así me siento más cómodo y pertinente. Por eso, no me siento como en la perspectiva renacentista, viendo desde fuera, con muchas fugas que se angostan cuanto más se alejan, mirando desde un solo “punto de vista” y frente a un mismo horizonte. Me siento más propio, viendo igualdades a cualquier distancia, aunque más solo, pensativo, equitativo y dudoso. Tratar de ser consciente de vivir en Trujillo cuesta mucho, por las magnitudes, constancia y capacidad de asombro de sus creadores.

Hablar del arte del siglo XX en Trujillo es intentar describir los caracteres de un mal endémico. No sé si es necesario explicarme, o mejor que me expliquen si existió el siglo XX con una creación artística homogénea en las artes plásticas o cuándo aparecen los cambios en estas, en el siglo que ahora nos precede. Lo mismo habría que decir si existe realmente un cambio entre el anterior y este siglo. No lo sé. No lo sé, porque soy solo

un común transeúnte del siglo pasado al siglo presente y no he visto un cambio determinado capaz de diferenciar el paso del siglo. Los cambios de un siglo a otro no dicen nada. Desde el inicio del siglo XX, hasta los cincuenta, en nuestro país, la imitación fue un ejercicio productivo, camuflado y grotesco. Era raro ver a los pintores tratando de crear sus propios universos, pues la influencia del color y los temas abstractos eran factores dominantes. Por ello el llamado indigenismo fue tan meritorio y valioso

Después de que se funda la Escuela de Bellas Artes de Trujillo, retorna el viejo y antiguo sentido de la identidad: por eso decía que el arte, aquí, era un mal endémico. Desde entonces, más me dicen y más nos hablan los días y sus cotidianas contiendas, intentando armonías poéticas, dulces poesías de color, tristes



“Ruinas de un tambo” José Sabogal



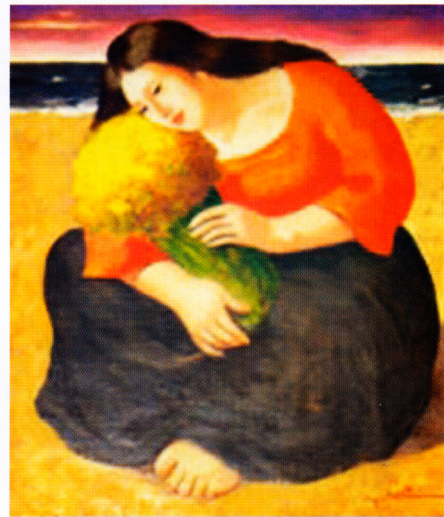
Macedonio de la Torre

gritos de soledades y silencios, ante transeúntes indolentes que miran de reojo la obra del artista. Todo esto, solo desde los años sesenta, sin negar u olvidar a creadores grandes y valiosos. No olvido a Macedonio, a Dávila, Ángel Chávez a tantos y tantos. Pero ahora hay una corriente nueva, muy valiosa e interesante que se expresa con mucha originalidad y con un vocabulario –cromático sobre todo– que los identifica, manteniendo sus personales identidades.

Con la revolución de las comunicaciones –vía Internet– aumentaron las soledades inconclusas, las masas de muchedumbres solitarias y la creencia que otros no ven lo que uno ve y que puede encontrar el inicio de un camino nuevo sin salirse del pasado o sin integrarse a esta muchedumbre solitaria en el siglo de las comunicaciones masivas.

No es extraño que nuestros artistas busquen una soledad para sí, para ser originales, para no imitar a las europas muertas –aunque endemoniadamente vigentes– pues las capitales del arte ya no están sólo allí, pues también vinieron a “hacer la América”. Y aquí están. Y todos son cholos o mestizos, de todas las sangres con sus viejas y antiguas angustias.

Los artistas trujillanos del siglo pretérito, pretendieron –y pretenden– ser ellos mismos en la medida que, reconstruyendo colores, discursos cromáticos e imágenes cansadas de recorrer milenios precolombinos, están volviendo a la vida con otras caras y otras palabras. En el arte contemporáneo norteño hay un nuevo mundo que regresa. Esa es la característica y su objetivo y fundamental: crear mundos nuevos pintados con colores y gestos del pasado. En el Trujillo grande, en ese de “en estos llanos que llaman Pirú que desde Tumbes hasta Chíncha”, como lo interpretaba Cieza de León, siempre hubo geniales artistas cuyos colores se mantienen vigentes en un discurso cromático más mestizo, más propio de estas tierras, de estos rostros y de estas ansiedades. Son nuevas las técnicas, son nuevos los materiales para pintar, pero más nueva es la intención de expresarse. Por eso dije también que el arte en Trujillo era un mal endémico.



Ángel Chávez

Si pudiéramos hacer un análisis científico, estadístico, del índice cromático, de intenciones e imágenes que asoman, plasmados en los cuadros de nuestros pintores, encontraríamos que el “mínimo denominador común” de las imágenes pictóricas es que están hechas con colores que pretenden parecer antiguos, son seres anonadados en su propia búsqueda, sin imitar ni copiar, pero tratando de encontrar sus identidades, esas que se pierden en la antigüedad. Si la búsqueda de los genes cromáticos del pasado es la intención fundamental de su gesto, estaremos hablando de los artistas del siglo XX.

Es tan notable esta actitud de búsqueda de formas, colores y estilo, que inclusive los artistas trujillanos comenzaron a indagar en las expresiones precolombinas del arte rupestre temprano, temas y colores de inspiración. Debo anotar que estos artistas locales ya lo habían advertido desde la década de los setenta, pues en sus obras se encontraba esa gran capacidad de síntesis de los artistas del precerámico. En Argentina hace unos ocho años y en Colombia hace

unos cuatro, también los pintores iniciaron esas búsquedas en el arte precolombino de esa época, al descubrir el valor de lo sintético, simbólico y la austeridad del color a base de ocre y pardos. Los artistas trujillanos ya van por dos exposiciones organizadas y coherentes recreando los valores expresivos del arte rupestre.

Nunca los pardos, los grises cálidos, los ocre o los rojo-indio han tenido tanta validez, intencional y cuidadosamente buscados. ¿Cómo podría caracterizar a los artistas del siglo que no acaba de pasar, en Trujillo?... Solo en las búsquedas de querer ser identidades por sí mismas, inscritos en soledades desérticas, de rostros mirando con ojos desmesurados el futuro, sin arrancarse del desierto parduzco y rico en sinuosidades cromáticas: Ya no es más el pardo de Rembrandt, de los claro-oscuros europeos, de las imágenes del canon calculado. Aquí, es el pardo terroso de nuestros paisajes andino-costeños, son los ojos negros perdidos en las preguntas, los cabellos indefinidos o las soledades de huacos humanizados por el dolor cotidiano de nuestro tiempo. Así, en esas búsquedas, del lugar donde ponen sus pies, he conocido a los artistas del siglo veinte, preguntando por su identidad.

Si tratase de hacer un análisis por los artistas más representativos de los últimos cincuenta años, erraría en mucho por olvidar a algunos de los más importantes, pero si advertiremos que ha nacido una tendencia con caracteres y rasgos de una verdadera escuela pictórica, escuela con mucha unidad, pese a sus diversidades personales. La unidad está en el tratamiento de los colores que los ligan con el pasado, de esos pardos tan trabajados y llenos de colores vivos. Le han ido perdiendo —por ejemplo— los azules, los celestes y los verdes claros. Tal vez Alcántara fue el último en usar un azul al que —entonces— llamaron alcantarino. Ahora, todos los pintores jóvenes tienen su propio pardo, rico en cromatismo, texturas y variadas gamas. Eso está profundamente grabado en la sensibilidad creativa de nuestros artistas plásticos.

Hace más de una decena de años escribí: “De repente, el desierto va ganando la imaginación de los pintores y, entonces, sus colores, sus luces y sus silencios se convierten en ventanas para mirar los universos creados por el artista”, al referirme a un pintor trujillano. Ahora solo tendría que agregar que han dejado de huir a los mundos de la moda artística extranjera y buscan su identidad en las vivencias, sueños y mitos, en los colores y formas logrados por los artistas precolombinos, sin enajenarse, sin repetir, ni menos retratar: Estamos frente a una nueva corriente creadora en la plástica nacional, ganadora en varias bienales, con un vocabulario propio y con las raíces en las profundidades de nuestra historia.